



*El aprendizaje del control de los esfínteres se enmarca en el proceso de maduración del niño.*

## CONTROL DE ESFÍNTERES

CONXITA BOADA

El control de los esfínteres representa, para el niño, uno de los momentos cruciales en la adquisición de la autonomía corporal y tiene, a la vez, implicaciones y repercusiones de gran relieve en la organización y estructuración de su mundo interno.

Por ello, creemos que dedicar unas líneas a la comprensión de la organización de esta función puede ayudarnos a valorar el proceso de adquisiciones del niño y a determinar nuestras actitudes y actuaciones.

El niño, durante el largo trayecto que supone la infancia, pasa de una situación de total dependencia (biológica, fisiológica y emocional) a una situación de progresiva autonomía (física y mental). Asimismo, está sometido a las leyes de maduración fisiológica y a las relaciones emocionales que establece paulatinamente con el mundo externo, relaciones que asegurarán su crecimiento y progreso.

Situémonos en el segundo año de la vida del niño, conscientes de los grandes progresos de su evolución, entre los que debemos destacar la deambulación. Aprender a andar le ha sido posible gracias al proceso de maduración y de organización neuromotriz y al equilibrio de sus relaciones afectivas con el mundo externo, que le han permitido una seguridad y un estímulo apropiados para superar estas etapas de gran dependencia.

El niño que anda, por primera vez en su vida, puede desplazarse e ir adonde quiera, puede explorar su entorno como se le antoje, y (virtualmente) puede hacer realidad sus deseos fantásticos y omnipotentes de conocimiento y dominio del mundo que le rodea. Empieza, así, una etapa del desarrollo caracterizada por un tipo de funcionamiento emocional y relacional específico, en el que entran en conflicto, por un lado, las necesidades y deseos de autonomía del niño, con sus lazos de dependencia todavía muy presentes, y, por otro, las actitudes (a veces, contradictorias) de los adultos que, aun estimulando la autonomía, actúan introduciendo constantes limitaciones («no lo toques», «no te subas»...) para evitar las situaciones de riesgo a las que está expuesto el niño por su conocimiento limitado de la realidad externa.

### REFERENCIA BIBLIOGRAFICA:

BOADA, Conxita. (1991). "Control de esfínteres." Revista Infancia educar de 0 a 6 años, 5, 34-36.

En este contexto aparecerá la posibilidad del control esfinteriano del niño. Desde el punto de vista madurativo, será a partir de los dieciocho meses, aproximadamente, cuando la musculatura esfinteriana estará preparada para un funcionamiento coordinado con el sistema central, permitiendo una regulación voluntaria.

En su cuerpo, y a través de sensaciones fisiológicas internas placenteras, el niño vivirá las posibilidades de retener y de expulsar de su propio cuerpo algo que tiene dentro y que considera parte integrante de sí mismo.

Se dará cuenta de que, tanto la retención como la expulsión de sus excrementos, depende únicamente de su voluntad, sintiéndolo, así, parte de sus deseos. Aquí entrará en juego una nueva dimensión, es decir, el interés y deseo de la madre como representante del mundo externo, que solicita del niño que evacue en un espacio de tiempo y en un lugar determinados y que, en cierto modo, incidirá en su universo omnipotente introduciendo una nueva limitación.

Se establecerá un proceso relacional en el que intervendrán diferentes fuerzas, entre las que cabe destacar el deseo del niño no sólo de aceptar y satisfacer las solicitudes de la madre, sino de alcanzar progresos en su crecimiento mediante los hábitos de higiene.

El niño va aceptando y adquiriendo el aprendizaje del control esfinteriano no solo como una renuncia y aceptación de las solicitudes de la madre o de la educadora, sino también como referencia a sus propios deseos de progresión.

Hay que destacar en este proceso la importancia de los primeros vínculos afectivos y de relación, al mismo tiempo que la actitud adoptada para hacer frente a esta situación, en la que tienen influencia las dificultades personales del propio adulto en cuanto al control y la higiene.

En estos momentos, es necesaria una actitud clara y segura, a la vez que flexible y permeable, en la valoración de la situación emocional del niño, ya que entran en juego sentimientos muy importantes para su futuro equilibrio y para su estructuración interna.

Actualmente, se cree que la mejor edad para introducir el aprendizaje del control de esfínteres se sitúa alrededor de los 2 años. Será la valoración previa de la situación evolutiva del niño la que permitirá actuar de una u otra manera.

Mediante la observación del funcionamiento del niño, especialmente en sus actividades espontáneas y en el juego, nos daremos cuenta de cómo se van polarizando sus intereses en la exploración de su entorno y en el intento de conocer y controlar los objetos. Veremos cómo el juego se vuelve más repetitivo y cómo crece el interés del niño en controlar y medir sus propias formas. Es la época en la que disfrutan con los juegos de construcciones y de encajes sencillos (hacer torres, derrumbarlas y construirlas de nuevo; jugar con arena y agua llenando y vaciando cubos constantemente...).



*La edad más apropiada se sitúa alrededor de los 2 años, teniendo en cuenta que hay que respetar el ritmo de evolución de cada niño.*





*Como otras veces, el juego vale como vehículo hacia la autonomía personal.*

Estos y otros datos, como la mínima capacidad para soportar pequeñas limitaciones y frustraciones en sus aspectos más impulsivos, son los que nos permiten introducir la práctica y el aprendizaje del control de los esfínteres, al mismo tiempo que empezamos a incidir en la introducción paulatina de otros hábitos.

Con el tiempo, el niño irá aceptando el orinal y en pocos meses conseguirá integrar totalmente su función. Veremos cómo se sentirá interesado y le gustará ver y comprobar, después de cada evacuación, el resultado, qué es lo que hay dentro del orinal, cómo es y qué forma tiene, cuál es la valoración del adulto hacia sus producciones y su nueva capacidad. Será a partir de estas y de otras experiencias cómo se le ayudará a superar viejos temores y a renunciar a otras formas de funcionamiento anteriores.

De todas formas, hay que tener siempre presentes las variaciones individuales de cada niño en su evolución, pensando que cada uno tiene su propio ritmo de maduración y de integración de funciones, al mismo tiempo que un mundo de relaciones y de estímulos específicos. Cualquier dificultad que el niño encuentre en su evolución puede dar lugar a una regresión en su funcionamiento, que puede manifestarse en la pérdida temporal de las adquisiciones y progresos conseguidos. Todos sabemos que un niño puede volver a orinarse encima después de una enfermedad, en situaciones de agotamiento emocional o físico, que deben ser consideradas como una regresión natural y no como un indicio de disfuncionamiento. La regresión, habitual y saludable durante el crecimiento, significa un paso hacia atrás para afianzarse de nuevo en anteriores funcionamientos más conocidos y poder conseguir, así, el progreso con más fuerza y estabilidad.

No podemos hablar de enuresis hasta después de los 4-5 años y, aun entonces, será necesario valorar otros componentes antes de señalar esta manifestación como un signo de patología.

Finalmente, nos gustaría repasar algunas actuaciones equivocadas referentes a la educación del control de los esfínteres, ya que existe, en determinados contextos, la costumbre de introducir este aprendizaje de manera precoz para obtener un condicionamiento más avanzado. En la mayoría de ocasiones, no se alcanza el éxito deseado, porque el niño no puede conseguir aquello para lo que no está preparado (aunque en algunos casos puede que el niño logre un cierto aprendizaje de control siempre en detrimento y perjuicio de su buena organización y equilibrio internos).

Asimismo, creemos que es necesario llamar la atención sobre el peligro de un entrenamiento esfinteriano demasiado coercitivo y sobre la práctica y administración de supositorios y lavativas, que sitúan al niño en un papel de sometimiento pasivo, en el que se asocia la penetración anal con una actitud de pasividad obligatoria, totalmente opuesta y contraria a lo que ha de representar el control de los esfínteres como algo activo, voluntario, agradable y progresivo.

**C.B.**